

Democracia y cambio institucional: conflictos entre el orden y la transformación en el Estado venezolano

Avance de investigación en curso
Debate o discusión en teoría social

GT 13 – Reforma del Estado, Gobernabilidad y Democracia

Felippe S. Ramos¹

“O está ocurriendo un gran cambio disfrazado de nada o un gran nada disfrazado de cambio”

Luís Fernando Veríssimo, escritor brasileiro

Resumen

El artículo tiene el objetivo de diseñar un cuadro analítico para comprender el fenómeno político del chavismo en Venezuela. Se hace hincapié en la necesidad de crear los puentes para el diálogo entre teoría sociológica y política y la realidad específica de la región y del país. En ese sentido son discutidos los temas de la polarización social, la relación entre democracia y conflictividad, el orden y la transformación, reforma o revolución, contra-hegemonía y hegemonía, agonismo y antagonismo, ultra-centralización y descentralización, la democracia representativa y la democracia directa. Los datos empíricos son presentados en perspectiva dialógica a la presentación de los principales abordajes teóricos.

Palabras-clave: Venezuela, Chavismo, Democracia

1. Introducción

El fenómeno político venezolano del “socialismo bolivariano del siglo XXI”, conocido más sencillamente como “chavismo” y, tras la muerte del presidente Hugo Chávez, tildado también “socialismo cristiano”, no puede ser comprendido basándose en los creativos términos de la amplia nomenclatura creada por el propio movimiento. La desconfianza necesaria al trabajo del científico lo lleva a dudar de lo que el agente social habla para describir a si mismo. Por supuesto no se debe desconsiderar lo que uno habla de si mismo; mas antes de considerarla un hecho, la auto-identificación sirve como dato de cómo el agente ve su propia identidad. Todo lo demás queda aún por ser investigado.

Por otro lado, tampoco es posible lograr una comprensión adecuada del fenómeno teniendo en cuenta solamente los conceptos analíticos de la sociología o ciencia política europea o norteamericana. En ese sentido, debe ser buscado un abordaje alternativo al tradicional enfoque de las investigaciones académicas que primero presentan las famosas escuelas del pensamiento y autores a las cuales se

¹ Sociólogo con especialización en Relaciones Internacionales y maestría en Sociología por la Universidad Federal de Bahia (Brasil) en donde fue profesor de 2009 a 2010. En 2011 fue profesor visitante por la Fulbright en el Central Arizona College (EE.UU.). Es investigador de la Misión en Venezuela del Instituto de Investigación Económica Aplicada (IPEA) del Gobierno de Brasil y director del Instituto Surear para la Promoción de la Integración Latinoamericana. Contacto: felippe@surear.org

afilian para luego interpretar la realidad específica; es decir, se suele interpretar la realidad a partir de los conceptos creados antes de acceder al empírico. Tal abordaje entiende las realidades específicas e idiosincrasias del desarrollo y de la democracia en América Latina en términos de la distancia o acercamiento relativo que mantienen de los modelos teóricos considerados ideales – que a veces existen en Europa o EE.UU. y otras veces no existen en ningún lado.

Ese artículo sigue otro camino. La complejidad de la política venezolana tras la emergencia del chavismo apunta para la inadecuación de abordar la realidad del país teniendo como punto de partida prejuicios epistemológicos. En cada parte del texto, entonces, son presentados datos empíricos y conceptos más aplicados a la realidad local para luego discutir las posibles consecuencias que dicha realidad podría tener en la teoría y como la teoría puede ayudar a evaluar esos fenómenos presentados. La propuesta es meta-teórica y epistemológica: crear las condiciones para un acercamiento – un diálogo – entre realidad y teoría. Como decía Bobbio (2009: p. 20): “adaptação natural dos princípios abstratos à realidade ou de inevitável contaminação da teoria quando forçada a submeter-se às exigências da prática”.

Esa dificultad puesta a quiénes deseen comprender el chavismo suele acontecer porque el fenómeno político chavista no es un proyecto; es decir, ex ante no existían todos sus rasgos distintivos específicos o lineamientos y planteamientos generales en cuanto a los objetivos tácticos y estratégicos. En su cuna, el horizonte histórico del chavismo era abierto. Lo que había eran palabras clave que movilizaban a la masa que lo apoyó desde el 1998: lucha contra la pobreza, nacionalismo, integración latinoamericana y antiimperialismo (Ellner, 2011). Sin embargo, objetivos políticos amplios como estos pueden ser llevados a cabo de distintas maneras y bajo distintas orientaciones políticas. Ecce homo: como el chavismo se tornó lo que es – esa es la investigación que se propone. Por los límites de la extensión del texto, todo lo que sigue son planteamientos para futuros debates. Ese artículo es una conversa y no una ponencia.

Se adopta el término chavismo en lo que sigue del artículo porque las demás posibilidades de nombrar el movimiento presuponen algo que, aquí, se pone en cuestión: la idea de que se trata de un tipo de socialismo. Chavismo, a la vez, dice solamente un dato incuestionable: el movimiento echó raíces a partir del liderazgo de Hugo Chávez, tildado por sus seguidores “el comandante”, aunque en sus orígenes el chavismo hubiese sido un movimiento plural, más colectivo que personalista, es decir, empezó como bolivarianismo, según Maya (2013). Además, chavismo es el término más corto, lo que ayuda a una fluida lectura del texto.

2. Polarización vs. Politización

El chavismo ha creado, a lo largo de los catorce años en el poder, un tejido social polarizado en Venezuela (Medina & Maya, 2003). Más allá de las instituciones del Estado, en las cuales es necesario probar la lealtad a la causa para quedarse como funcionario con buenas perspectivas en la carrera, todo el cuerpo social es estructurado teniendo como referencia la pertenencia política del individuo. Es decir, el individuo, en general, forma parte de uno de los dos grandes colectivos – el chavismo o el anti-chavismo, aunque eso no signifique necesariamente una participación efectiva. La polarización no lleva directamente a la politización. En la vida social, sin embargo, incluso la formación de parejas y relaciones de amistad son fortalecidas o amenazadas a partir de la identificación con el oficialismo o con la oposición. Hasta los lazos familiares, que no son elegibles sino que determinados por nacimiento, son también afectados por el ambiente polarizado. Los lazos sociales no son necesariamente rompidos debido a preferencias políticas, pero, de manera distinta a lo que suele pasar en otras sociedades, en Venezuela el ciudadano común tiene una referencia política fuerte que es tomada en consideración en su vida cotidiana. Por lo tanto:

“Se produce un agudo proceso de polarización política y social, caracterizado por un demarcamiento físico-simbólico de territorios y propuestas mutuamente excluyentes, provocando una fractura del tejido social y distintas expresiones de violencia política que limitan el manejo constructivo y pacífico de los conflictos. (...) dicotomización afectiva que caracteriza este proceso de polarización, que a la par de convocar la adhesión, la confianza, la identificación con el propio grupo, llama a despreciar, desconfiar y odiar al grupo contrario considerado enemigo.” (Lozada, 2011: 3)

Esa violencia política es, en realidad, más latente que física. Las marchas de los chavistas y de la oposición – muy frecuentes en el país – suelen terminar sin conflictos graves y la policía, en contraste con los demás países de Sudamérica, desempeña un rol de proteger a los ciudadanos que se manifiestan. Las manifestaciones que tomaron las ciudades brasileras en el 2013, por ejemplo, fueron consecuencia de la fuerte represión de la policía a los jóvenes en las calles. Sin embargo, los bajos niveles de violencia física en las protestas y marchas en Venezuela tienen dos sentidos. Por un lado indican la democratización del espacio público impulsada por la constitución de 1999 y por el sentido político del chavismo de “llenar las calles de pueblo”. No se puede olvidar que el chavismo se basa en la movilización constante de las masas que, antes de 1999, estaban ajenas a los procesos políticos institucionales. Por otro lado, apunta para el frágil equilibrio existente en la sociedad en la cual un episodio significativo de violencia podría amenazar la estabilidad institucional del país y la legitimidad del gobierno.

La dicotomización afectiva, por su vez, también presenta doble sentido: fortalece los lazos sociales entre los que comparten los mismos afectos e identidades políticas y fragiliza los lazos entre los que se posicionan en distintos lados de la bipolarización social. Mientras en otras sociedades la actitud política no es un dato fundamental de la socialización, en Venezuela post-Chávez suele determinar la profundidad de los vínculos. Por su naturaleza fuertemente afectiva, la polarización no significa necesariamente politización. Es decir, hace falta, en gran medida, el componente racional (discursivo, argumentativo) de la política en la esfera pública. Asimismo, para la polarización significar politización, sería necesario establecer los límites en donde ocurren los conflictos polarizados, evitando que los desacuerdos públicos fuesen determinantes para la socialización de los individuos. Hay que comprender, entonces, de donde viene la polarización en el país.

3. Democracia del conflicto

Hugo Chávez fue electo presidente de Venezuela por primera vez en 1998. El voto no es obligatorio en el país y, en aquella ocasión, solamente 63,4% de los electores salieron a votar. Chávez recibió 56,2% de los votos. Es decir, en aquel año, el candidato vencedor obtuvo menos de 4 millones de votos (3.673.685) en un país con más de 25 millones de personas para aquella fecha. La crisis de representación que vivía el puntofijismo, como es conocido el pacto bipartidario que existió en el país entre 1958 y 1999, alejaba las clases populares de la participación política como reflejo de las políticas de ajuste estructural por la crisis económica. Además, el Caracazo de 1989, una revuelta social que tuvo centenas de muertes, significó el doble rechazo del pueblo hacia la política y de la política institucional hacia el pueblo. Por lo tanto, la clase media fue decisiva como base electoral de la primera fase del chavismo. En 2000 hubo nueva elección, bajo la nueva Constitución recién aprobada por voto popular. Hugo Chávez fue confirmado en el poder casi con la misma cantidad de votos (3.757.773), que representaba 59,76% del electorado (Stambouli, 2009).

Si bien Hugo Chávez había sido electo con las propuestas fundamentales de refundación de la república a través de una constituyente y lucha contra la pobreza y el desempleo, el chavismo que se consolidaba era un movimiento político amplio y diverso, con fuerzas políticas en conflicto, aunque anclado en el

Movimiento V República (MVR) que surgió en el medio castrense como una fuerza de reforma con el objetivo de rediseñar la República, establecer un nuevo orden político, económico y social e involucrar los ciudadanos entonces ajenos a la vida pública (Stambouli, 2009).

Por lo tanto, en oposición a la política de conciliación vigente durante el puntofijismo, el chavismo buscaba cumplir los objetivos planteados en las campañas electorales en lo que pesen los obstáculos políticos puestos por la fuerza de las instituciones (status quo), oposiciones políticas y apoyos flojos y contradictorios de aquellos que lo eligieron. El movimiento político, en ese sentido, fue profundizando rasgos nacionalistas (el bolivarianismo) y simultáneamente internacionalistas (integración latinoamericana y antiimperialismo) con miras a avanzar en la implementación del plan de gobierno en una perspectiva de ruptura con el puntofijismo de la llamada IV República (Stambouli, 2009).

La agenda de transformación exigía un reformismo fuerte. Singer (2012) ha creado el concepto de reformismo flojo en su intento de comprender el fenómeno del liderazgo del ex presidente Lula en Brasil. En su lectura, el lulismo se ha consolidado a partir del segundo mandato del presidente Lula (2007-2010), cuando hubo un cambio en el electorado: la clase media pasó a votar en la oposición y los más pobres – que jamás habían votado como clase en el oficialista Partido de los Trabajadores (PT) – empezaron a apoyar las políticas del gobierno Lula. Para lograr el apoyo de los más pobres, el lulismo hizo un pacto con las élites del país: iba a mantener y fortalecer políticas neoliberales en la economía, pero profundizando la inversión social para reducir la pobreza extrema. Por lo tanto, este “pacto conservador” dejó espacio solamente para una “reforma gradual”, lo que lleva Singer a concluir que el lulismo es un “reformismo flojo”, contra la trayectoria histórica del PT que siempre había defendido un “reformismo fuerte”. Reformismo fuerte, por otro lado, sería la aplicación de un programa político de transformación tal como planteado por la agenda de un actor político colectivo (partido, movimiento), aunque para lograr los objetivos sea necesario movilizar el conflicto contra los demás actores políticos que deseen frenar estas transformaciones.

La idea de reformismo fuerte parece adecuarse al contexto venezolano. El puntofijismo de la IV República fue comprendido por el chavismo como fracasado en su intento de solventar la crisis nacional a partir de acuerdos desde arriba entre las élites políticas. Para los líderes chavistas y Hugo Chávez en particular, la fórmula del reformismo flojo, por tanto, no podría seguir siendo aplicada al país. Los intereses que frenaban los cambios fueron considerados ilegítimos puesto que, en esa visión, visaban a mantener privilegios e impedir la expansión de los derechos a los demás ciudadanos. El cambio necesario al país tenía un precio a ser pago: sacar los agentes de la permanencia y dominar no sólo los aparatos del gobierno sino que el Estado (instituciones más allá del Ejecutivo) y incluso parte de la sociedad civil (prensa, universidad, movimientos sindicales y sociales). Aunque sin hegemonía, sin la capacidad de generar consensos, era necesario la supremacía para aplastar el enemigo. La clase media que había apoyado ese proyecto, empezó a salir de él por ver rasgos autoritarios crecientes. Para llevar a cabo el plan, el chavismo pasó a movilizar las bases de la sociedad, las clases más bajas, organizándola políticamente a través de grupos vecinales (la semilla de los consejos comunales) y transfiriendo recursos y poderes a esos actores, así como ofreciendo servicios y oportunidades regalados por el Estado (misiones sociales) a quienes nunca tuvieron acceso a ellos antes. El resultado fue el cambio de electorado del chavismo. Luego de sobrevivir al momento de avance de la oposición (golpe de 2002, paro petrolero de 2002/2003, referendo revocatorio de 2004, abstención en las elecciones parlamentarias de 2005), en las elecciones de 2006, Hugo Chávez obtuvo 7.309.080, o 62,84% de los votos (Stambouli, 2009). Su base social había se ampliado y con rasgos políticos y de clase distintos.

4. ¿Reforma o revolución?

Es en ese punto que gana sentido la idea de revolución. La revolución chavista se ubica en un punto

intermedio entre la clásica idea de revolución (toma violenta del Estado tras un levante popular) y el sentido común que la palabra ha tomado a lo largo del tiempo (cambios rápidos, como la “revolución tecnológica”, la “revolución de la internet”, etc.). No es revolución en el sentido clásico porque ha renunciado a la violencia revolucionaria en la toma del Estado. Tras el fracaso del intento de acceder al poder por medio de un golpe en 1992, Hugo Chávez y su grupo identificaron que la manera políticamente viable de acceder al poder sería a través del voto en una democracia representativa, aunque con miras a reemplazarla por otra democracia, llamada participativa y protagónica, institucionalizada en la Constitución de 1999. Para Chávez, en ese sentido, la vía democrática no era un principio, sino que una circunstancia. Además, el objetivo revolucionario fue mantenido: sustituir la élite en el poder por una nueva élite de manera total, es decir, sin aprovechamiento de actores políticos del orden anterior y sin negociaciones. Paso a paso, a depender de la coyuntura y de la correlación de fuerzas, ese objetivo fue siendo logrado. El mejor ejemplo fue el despido masivo de más de 15.000 trabajadores y directores de la principal empresa del país, la petrolera PDVSA, tras el paro petrolero (Stambouli, 2009). Se consolidó la idea de que era necesario sustituir a todos los agentes del viejo régimen para mantenerse en el poder y avanzar el proyecto político planteado.

Llegando al poder a través de elecciones y gobernando con fines revolucionarios bajo la constitución, la revolución asumió su rasgo de sentido común: no se trata de una revolución “de derecho”, sino que una revolución parcialmente “de hecho”. Aunque el chavismo estuviese actuando bajo una nueva constitución y, por lo tanto, con un nuevo derecho, ese derecho no involucraba todos los fines planteados, principalmente cuando la revolución planteó el socialismo en 2006 (Giordani, 2012). La revolución es permanente no en el sentido planteado por Trotski, sino que es permanente porque siempre inconclusa y siempre sin llegar a un nuevo derecho revolucionario. Al revés de la revolución cubana, en la cual el choque revolucionario produjo una nueva estructura social y, por ende, un nuevo orden, el chavismo no ha producido ese nuevo orden total, sino que una nueva lógica impulsada por el manejo de la polarización política y social.

El chavismo, empero, usa herramientas típicas de contextos revolucionarios. Intenta, por ejemplo, reescribir la historia desde una nueva perspectiva y crea hitos para narrar su propia trayectoria: en esa narrativa, la V República es la verdadera democracia, participativa y protagónica, en comparación a la IV República, una falsa democracia sin pueblo. Historiadores defienden que la realidad del país es más compleja que esa visión, apuntalando para la importancia de la experiencia de la democracia representativa puntofijista en un momento histórico en el cual Latinoamérica, y Sudamérica en particular, estaba dominada por dictaduras militares y regímenes de excepción (Maya, 2011; Stambouli, 2009; Luongo, 2005). Mas Arendt (2011) ya decía que las revoluciones son eventos políticos que ponen la cuestión de los comienzos: “o conceito moderno de revolução, indissociavelmente ligado à ideia de que o curso da história de repente se inicia de novo” (Ib., p. 56). El chavismo mezcla, entonces, discursos e idearios revolucionarios con prácticas políticas reformistas basadas en la movilización de las masas y en conflicto permanente. Si la supervivencia del chavismo depende de esos rasgos, la institucionalización de las políticas públicas y la conciliación, no sólo política, sino que social son amenazas a su propio proyecto. Quien vive de combatir un enemigo tiene interés que él siga vivo, decía el filósofo Nietzsche.

Aquí se llega al punto fundamental de discusión para la experiencia política del continente latinoamericano: ¿cómo llevar a cabo el reemplazo de modelos democráticos insuficientes? Es decir, ¿cómo construir una democracia que promueva, y no impida, la transformación social?

Las teorías de las élites, por ejemplo, son limitadas para la comprensión – en sentido teórico y político – del fenómeno político latinoamericano. La circulación de las élites, su cambio a través de elecciones, el reemplazo bajo los límites de fuertes institucionalidades son fórmulas que funcionan para una sociedad que ya ha solventado los problemas distributivos más fundamentales. Es decir, las teorías de las élites, y más específicamente la teoría de las élites de Joseph Schumpeter, se mucho enseñan sobre

la lógica del poder de la política contemporánea, poco hablan para contextos en los cuales la vida democrática, aunque formal y representativa, es con frecuencia interrumpida por golpes de estado, levantes populares, intentos de revolución y/o revoluciones. No se trata de divergencia teórica, sino de diseñar los límites de las construcciones teóricas que no fueron producidas teniendo en cuenta la realidad latinoamericana. La circulación de las élites en Latinoamérica no ha sido y todavía no es realizada solamente dentro de marcos institucionales sólidos.

El problema distributivo en sociedades con bajos niveles relativos de desarrollo genera tensiones que amenazan estabildades y equilibrios institucionales e impiden la consolidación democrática. El ritmo lento de transformación permitido por democracias representativas consolidadas no alcanza para contestar demandas urgentes por inclusión. La inclusión social que poco a poco pasa a acontecer en las nuevas democracias en la región también consolidan los límites a transformaciones más profundas que podrían cambiar estructuras sociales. El ejemplo de Brasil es importante: el lulismo del cual habla Singer (2012) ha generado avances sociales, pero el costo ha sido la consolidación de una estructura política conservadora (pacto de élites) que permite solamente reformas graduales. En 2013 las mayores protestas callejeras de la democracia brasilera acontecieron en el país como resultado de la incapacidad de la institucionalidad democrática de solventar los problemas pendientes y las nuevas demandas generadas en el proceso de crecimiento e inclusión parcial.

En ese sentido, los movimientos políticos que proponen cambios más rápidos son el resultado de una fuerte demanda social represada y, al mismo tiempo, solamente logran emerger como actores políticos con posibilidades de llegar al poder porque hacen lecturas correctas acerca de esas demandas. En su tiempo, Hugo Chávez emergió como una respuesta a una crisis estructural – económica y política – de la sociedad venezolana y tuvo amplio apoyo (legitimidad) para su proyecto. Sin embargo, aunque sepan leer correctamente la realidad en la cual nacen, los proyectos (reformistas o revolucionarios) que presentan, aún no han madurado propuestas que logren solventar el conflicto estructural de manera satisfactoria. El chavismo, por ejemplo, ha llegado a una situación de impase tras la muerte de su principal líder, Hugo Chávez, el 05 de marzo de 2013. El fuerte control del Estado que ha logrado (Maya, 2013), desde una perspectiva netamente analítica, fue necesario para asegurarse en el poder y garantizar un cambio de élites sin la necesidad de manejar los frenos puestos por las negociaciones bajo un pacto como en el modelo lulista (reformismo flojo). Al mismo tiempo, la ausencia de los clásicos frenos y contrapesos institucionales y la baja separación de poderes amenaza la propia ejecución del proyecto político planteado debido a la reducción de la eficiencia y eficacia estatal (Maya, 2013). Además, y en términos políticos aún más grave, se genera un límite al propio ejercicio de la soberanía popular que era uno de los objetivos planteados: sin instituciones independientes fuertes que puedan controlar el poder, la dirección y la revisión de la hoja de ruta solamente pueden acontecer a partir de la voluntad arbitraria del líder que, tras el deceso de Hugo Chávez y la elección del presidente Nicolás Maduro en 2013, ya no es un líder carismático con capacidad de ser obedecido por los distintos grupos e intereses que componen el chavismo.

5. De la contra-hegemonía a la hegemonía

Los movimientos políticos son movimientos históricos, es decir, su sentido cambia a lo largo del tiempo. Movimientos que nacen con sentido progresista y respondiendo a legítimas demandas de la sociedad a menudo se tornan movimientos que, una vez en el poder y tras solventar parcialmente lo que planteaban, pasan a presentar rasgos más conservadores porque generan nuevas élites políticas que se alejan de las bases sociales y políticas debido al ejercicio burocrático necesario para la gestión del Estado y/o por la conformación de una cultura política que se acostumbra a identificarse con el poder – político y económico – con el cual se relaciona día tras día. En ese sentido, luego de un período de tiempo, más corto o más largo a depender de la experiencia histórica específica, los cambios generados

en la sociedad y la vida política pueden ser interpretados por las personas comunes como insuficientes para sostener el apoyo a un proyecto que interpretan como distinto de lo que fue en su comienzo (Maya, 2013). El tema generacional también es importante: movimientos políticos que se extienden en el tiempo sufren análisis de nuevos actores (los jóvenes) que tienen como perspectiva el presente-futuro y no una comparación pasado-presente.

Tras catorce años bajo el chavismo, Venezuela presenta índices sociales mejores que antes de la llegada de Hugo Chávez al poder. Sin embargo, en las elecciones de 2013, solamente un mes después de la muerte del principal líder, Nicolás Maduro fue electo con 50,61% de los votos. En circunstancias normales de una democracia representativa, “50% + 1” es la fórmula para se declarar un candidato ganador sin que eso genere inestabilidades políticas y sociales. En Venezuela, una sociedad polarizada en la cual el proyecto en curso tiene como objetivo reemplazar una democracia netamente representativa por una democracia participativa y directa a través del impulso a la movilización constante de las masas, el pequeño margen de diferencia entre los candidatos significa un impase: la mitad de la población ya no apoya ese modelo. Si se tiene en cuenta que el candidato en el poder presenta ventajas relativas en la movilización de recursos del Estado para la elección, se percibe que la victoria electoral es, al mismo tiempo, una derrota política importante. Ese resultado contrasta con la evaluación positiva que la mayoría de la población sostiene en encuestas acerca de los logros del chavismo y el liderazgo personal del presidente Hugo Chávez.

Las personas comunes manifiestan considerable cansancio del contexto de polarización política y social en una coyuntura en la cual esa estrategia política ya no genera resultados positivos considerables. La fórmula de las Misiones sociales, grandes movilizaciones de personas organizadas políticamente y recursos públicos, empiezan a agotarse luego de solventar los problemas más urgentes: de la demanda asistencial se da un paso adelante hacia la demanda por derechos consolidados. Además, la coyuntura del 2013 presenta retos: inflación, escasez de divisas y escasez de productos. En situaciones de ese tipo el ciudadano “de a pie” tiende a calcular que el costo del modelo político es muy alto para logros ahora demasiado bajos. La táctica oficialista de defender que un cambio de régimen necesariamente implicaría en liquidación de las conquistas puede generar resultados inmediatos en un contexto electoral, pero no es sostenible si la situación-problema se mantiene.

6. Agonismo vs. Antagonismo

En ese punto, la experiencia histórica del chavismo presenta una buena oportunidad de diálogo con los planteamientos teóricos de Mouffe (2011; 2012). Para Mouffe, la creciente universalización de la democracia liberal (i.e. representativa) en el mundo occidental ha generado la idea de “un mundo sin enemigos” en el cual los conflictos partisanos pertenecen al pasado. Por lo tanto, la democracia ideal tendría una forma consensual. Al revés, la autora defiende que la dimensión antagonónica es constitutiva de lo político. La distinción nosotros/ellos no puede jamás ser eliminada de la estructura misma de lo político.

“En lugar de intentar diseñar instituciones que, mediante procedimientos supuestamente “imparciales”, reconciliarían todos los intereses y valores en conflicto, la tarea de los teóricos y políticos democráticos debería consistir en promover la creación de una esfera pública vibrante de lucha “agonista”, donde puedan confrontarse diferentes proyectos políticos hegemónicos.” (Mouffe, 2011: p. 11)

En su origen, lo que hizo el chavismo fue justamente recuperar la idea de conflicto agonístico, es decir, impulsar un proyecto político distinto al hegemónico no sólo en Venezuela sino que en Latinoamérica – el modelo neoliberal de los años 1990. Tras ser electo en 1998, el presidente Hugo Chávez promovió

en 1999 un referendo para consultar los ciudadanos acerca de la convocación de una constituyente, lo que fue aprobado por 71,78% de los electores. En la fase de transición de la IV para la V República se destacaba el conflicto agonístico entre el proyecto de la refundación de la República y el proyecto de permanencia de instituciones vigentes. Además de los resultados electorales, la movilización de las masas manifestaba que el proyecto apoyado por la mayoría sería de hecho implementado, aunque en contra de otras minorías políticas. Sin embargo, Mouffe subraya los desafíos del modelo agonístico:

“Cuando no existen canales a través de los cuales los conflictos puedan adoptar una forma “agonista”, esos conflictos tienden a adoptar un modo antagónico. (...) una confrontación moral entre el bien y el mal, el oponente sólo puede ser percibido como un enemigo que debe ser destruido, y esto no conduce a un tratamiento agonista.” (Mouffe, 2011: p. 13)

El impulso, por parte del chavismo, al reformismo fuerte con miras a reemplazar el modelo democrático del país fue contestado por la oposición que encontraba sus intereses, e incluso existencia política, amenazados. Tras el golpe de 2002 y el paro de 2002/2003, la política en Venezuela pasó a presentar rasgos más antagónicos que agonísticos. Aunque la oposición haya aprendido a jugar dentro de las nuevas reglas del juego y empezado a usar herramientas constitucionalmente disponibles (referendo revocatorio, abstención, formación de unidad opositora, etc.), los objetivos de ambos lados pasaron a ser inviabilizar la existencia política del otro.

“El conflicto, para ser aceptado como legítimo, debe adoptar una forma que no destruya la asociación política. Esto significa que debe existir algún tipo de vínculo común entre las partes en conflicto, de manera que no traten a sus oponentes como enemigos a ser erradicados, percibiendo sus demandas como legítimas.” (Mouffe, 2011: p. 26)

El conflicto chavismo-oposición tiene características de ambos modelos: (a) es agonístico porque, tras la aceptación de las reglas del juego por parte de la oposición, se pasa bajo los límites constitucionales y a través de frecuentes enfrentamientos electorales; (b) es antagonista porque ningún de los dos lados reconoce el otro como legítimo, lo que se puede confirmar en el nivel de los discursos y en las prácticas (I) de la oposición de no reconocer resultados electorales confirmados por la misma institución – el Consejo Nacional Electoral (CNE) – que confirma victorias regionales de la oposición (alcaldías y gobernaciones) y (II) del gobierno/chavismo de quitar recursos y atribuciones de alcaldías y gobernaciones gobernadas por la oposición (Maya, 2013). En fin, aunque el antagonismo no sea absoluto, sino que relativo, él impide el tratamiento republicano entre los dos grupos políticos en polarización. De esa manera, la esfera pública, que Mouffe (2011) piensa deber ser el resultado del saludable conflicto agonístico, no es conformada. Para ella, así como fue posible al chavismo acceder al poder a través de una contra-hegemonía agonística, la nueva democracia generada debe ser abierta también a nuevos cambios si nuevas mayorías son formadas.

“Los adversarios inscriben su confrontación dentro de un marco democrático, pero ese marco no es percibido como algo inalterable: es susceptible de ser redefinido mediante la lucha hegemónica. Una concepción agonista de la democracia reconoce el carácter contingente de las articulaciones político económicas hegemónicas que determinan la configuración específica de una sociedad en un momento dado.” (Mouffe, 2011: p. 39)

Lo que impone límites a que la nueva democracia venezolana tras el chavismo sea un conflicto agonístico como propone Mouffe (2011) es que su proyecto no es netamente democrático, sino que una mezcla entre radicalización de la democracia (participativa y directa o protagónica, como llamada por

sus propios actores) e intentos de profundizar el control de las instituciones del Estado para garantizar la permanencia en el poder hasta llegar en lo que el presidente Hugo Chávez solía llamar el “punto de no retorno”, es decir, realizar una revolución sin revolución, sino que paso a paso, a través de una democracia radical pero conducida hacia un objetivo claro del cual no se podría desviar. El ejemplo más claro fue el referendo constitucional de 2007, a través del cual el presidente Hugo Chávez planteaba dos objetivos fundamentales: (a) garantizar la permanencia en el poder con la autorización a la reelección indefinida e (b) impulsar el “Estado comunal”, la fórmula venezolana del socialismo del siglo XXI con la creación de un sistema de consejos comunales y comunas. Ese referendo fue la única derrota electoral del presidente Hugo Chávez: los dos bloques en los cuales se planteaba el cambio de 69 artículos de la constitución fueron rechazados por una estrecha mayoría, como se puede ver en la tabla abajo.

Venezuela: Referendo Constitucional de 2007

Bloque	Opción Sí	SI	Opción No	NO
A	4.404.626 votos	49,34%	4.521.494 votos	50,65%
B	4.360.014 votos	48,99%	4.539.707 votos	51,01%

Fuente: CNE

A pesar del rechazo popular a las propuestas, el presidente Hugo Chávez mantuvo los objetivos planteados. Aprovechándose de la mayoría parlamentaria tanto la permisión a la reelección como la creación de un sistema de consejos comunales y comunas fueron posteriormente aprobados. Eso significa que, más allá del discurso de que el pueblo debe tener la última palabra, el gobierno se utiliza de la movilización de las masas con miras a forzar “a la sociedad a entrar en ese proyecto y se termina por decir que ese modelo es el que realmente quiere la sociedad”, en las palabras de Maya (2013: p.25). Hay que investigar, en ese sentido, los límites del impulso al ejercicio de la “democracia directa y protagónica” por parte del gobierno, es decir, desde arriba. Además del uso instrumental de la movilización de las masas (garantizado por el afecto al líder y por la vigilancia mutua en las instituciones estatales), la descentralización del poder a través de la creación de espacios de organización y participación popular ha pasado de una fase de búsqueda por autonomía (e.g. mesas técnicas de agua y comités de tierras urbanas) para una fase que se propone más radical con la creación y expansión de las comunas y los consejos comunales. Pero eso ha generado una contradicción: las comunas y consejos comunales dependen de la voluntad del líder que las impulsa, es decir, del arbitrio (Maya, 2011). El chavismo, bajo el carismático liderazgo de Hugo Chávez, se basaba en una dialéctica entre descentralización y ultra-centralización, en la cual la descentralización fortalecía la ultra-centralización y la ultra-centralización garantizaba el impulso a la descentralización (Leone, 2008). La dialéctica descentralización–ultra-centralización, además, creaba condiciones para el control de las instituciones: el eslabón directo de las masas con el líder impide que las instituciones funcionen de manera relativamente autónoma en relación al poder. Eso acontece con los consejos comunales y comunas, pero es aún más visible con el ejemplo de las milicias bolivarianas (creadas por la Ley de Milicias) cuya lealtad es exclusiva a un proyecto político específico. Otra hegemonía que accediese al poder no podría contar necesariamente con un comportamiento republicano de esas instituciones y, por lo tanto, serían blanco del nuevo poder. Una vez más el agonismo se torna un antagonismo. Si el antagonismo no es absoluto, puesto que existe un orden constitucional hoy respetado por ambos lados, es, quizás, una red de múltiples antagonismos sociales e institucionales que fragilizan no solamente la constitución de una esfera pública autónoma sino que la propia concreción del proyecto de empoderamiento popular planteado por el chavismo en sus orígenes.

8. Democracia participativa y democracia directa

El liberalismo político ha consagrado el Estado Democrático de Derecho como la más importante conquista de la modernidad occidental. El socialismo ha apuntalado la insuficiencia del Estado Democrático de Derecho para solventar los problemas distributivos que impiden la plena realización de las potencialidades humanas. Para Arendt (2008), la política ha prometido demasiado y es necesario ubicarla en su debido lugar. En ese sentido, Arendt (2011) sostiene que las mayores revoluciones de la historia moderna (americana y francesa) buscaban crear condiciones de libertad. El proyecto socialista (revoluciones rusa y china) para solventar la cuestión social podría, para ella, arriesgar la libertad conquistada y allanar el camino hacia el totalitarismo. El socialismo real del siglo XX hizo la formulación arendtiana, acusada de elitista o burguesa en su época, sonar razonable. Mas la historia no obedece a razonamientos filosóficos sino que a la dinámica política de cada estructura y coyuntura a partir de la acción de los sujetos. Defender teóricamente una libertad que no es realidad para todos – o que es desigualmente distribuida – no impide el surgimiento de olas democráticas o autoritarias de izquierda o de derecha que suelen marcar la historia de las naciones latinoamericanas. Marx había alertado que la realidad no se adaptó al contenido de los libros de Hegel.

Algunas ideas de Bobbio (2001; 2001b; 2009) son importantes para comprender como el liberalismo político moderno trajo conquistas para la civilización occidental aunque no haya solventado gran parte de los problemas fundamentales de las sociedades. El proyecto socialista intentó ser una alternativa total, es decir, antagónica al capitalismo del cual el liberalismo sería solamente una forma más contemporánea. Sin embargo, tras la caída del muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética, el socialismo, como pensaba Bobbio, ha sido más complementario que antagónico a las conquistas traídas por las luchas históricas a lo largo de los siglos. Aunque muchos hayan pensado que el socialismo habría llegado a su fin, tras las luchas sociales en contra del neoliberalismo muchas ideas y valores socialistas han poco a poco regresado al repertorio político contemporáneo. El chavismo en Venezuela fue un actor fundamental para ello y ha demostrado que es posible presentar un proyecto democrático de transformación social que respete conquistas del Estado Democrático de Derecho y, más allá de eso, las profundice y torne accesible a cada vez más personas. Como dijo Przeworski (2010: p. 15), “la democracia es hoy el único principio de legitimidad”. El problema es que ya se ha descubierto que las democracias son:

“(…) compatibles con la desigualdad, la irracionalidad, la injusticia, la aplicación particularista de las leyes, la mentira, la ofuscación, un estilo de políticas tecnocrático e incluso una dosis considerable de violencia arbitraria. La modestia de las aspiraciones de la democracia tampoco se nos escapa a quienes, habiendo vivido bajo dictaduras, asistimos a la impotencia de los gobiernos constitucionales latinoamericanos para reducir la pobreza y la desigualdad.” (Przeworski, 2010: p. 16)

Pero:

“(…) sin embargo, a pesar de sus insuficiencias, la democracia tiene mejores credenciales que el recuerdo de las dictaduras para reclamar nuestra adhesión.” (Przeworski, 2010: p. 16)

De ahí que el chavismo haya propuesto la idea de expandir el Estado Democrático de Derecho hacia el “Estado Democrático y Social de Derecho y de Justicia”. Se plantea que la fórmula del Estado Democrático de Derecho se ha igualado demasiado a su expresión en la lengua inglesa “rule of law”, es decir, la manutención de un status quo que, si por supuesto mejor que formas retrogradadas de autoritarismo, aún no alcanza para satisfacer las demandas de las mayorías sociales. El Estado Democrático tiene que ser, entonces, simultáneamente Social – debe expandirse continuamente para tornarse realidad para todos. Si es un Estado de Derecho hay que ser también de Justicia siempre que el derecho, por ser accesible solamente para una minoría, haya se tornado en verdad un privilegio. Así

como Marx decía que la praxis es el criterio de la verdad, la Justicia debe ser el criterio del Derecho. Para combatir “un monstruo nuevo: la democracia sin ciudadanía efectiva” (...) “el nuevo tema pasó a ser la calidad de la democracia” (Przeworski, 2010: p. 28-29).

El chavismo, en su origen, emergió como respuesta a tres desafíos que la democracia contemporánea enfrenta:

“(1) La incapacidad de generar igualdad en el terreno socioeconómico; (2) de hacer sentir a la gente que su participación política es efectiva; (3) de asegurar que los gobiernos hagan lo que se supone que deben hacer y no hagan lo que no se les ha mandado hacer.” (Przeworski, 2010: p. 33)

El referendo constitucional de 2007 es el hito del comienzo de un largo y lento proceso de disminución de la base de apoyo del chavismo. El intento del líder de leer la supuesta voluntad del pueblo y considerar que esa voluntad general sería el socialismo – y una versión poco clara de socialismo – ha dividido la trayectoria del chavismo en dos fases: el chavismo bolivariano y el chavismo socialista (que sigue involucrando el bolivarianismo). No se tomaran en cuenta las “lecciones estratégicas derivadas de la experiencia chilena: impulsar el programa socialista con demasiado vigor, sin suficiente apoyo popular, podía llevar a la tragedia” (Przeworski, 2010: p. 27). Lenin ya había criticado el voluntarismo izquierdista y Gramsci alertaba para la necesidad de la construcción de la hegemonía para que el asalto al Estado que él había intentado en Italia pudiese lograr resultados positivos.

El chavismo insistió en la marcha forzada: el “Estado Democrático y Social de Derecho y de Justicia” fue interpretado como “Estado Comunal” (Rico, 2012). El programa de gobierno “Propuesta del candidato de la Patria Comandante Hugo Chávez para la gestión bolivariana socialista 2013-2019” plantea no más profundizar la democracia arreglando sus errores, sino que sustituir la democracia representativa por la “democracia participativa, directa y protagónica”.

Bobbio (2009) contribuye para esa parte del debate al señalar que la idea de que la democracia directa es la verdadera democracia en comparación a la democracia representativa tiene su origen no en el pensamiento de Marx o cualquier línea marxista tras Marx, sino que en el pensamiento de Rousseau. Pero cuando Rousseau afirmó que la soberanía del pueblo no puede ser representada, luego complementó que “uma verdadeira democracia jamais existiu nem existirá” (Bobbio, 2009: 53). El planteamiento para que la democracia directa no sólo complemente sino que sustituya la democracia representativa se basa en la ilusión de que es posible y deseable en tiempos normales mantener la movilización constante de la sociedad que sería necesaria en un periodo relativamente corto de transformación revolucionaria. La “revolución permanente” sin revolución genera un cansancio político por la propia ultra-politización y polarización. La movilización constante se torna burocrática e instrumental al poder. Bobbio critica el principio que entiende todo como político: la reducción de todos los intereses humanos a los intereses de la polis, la politización integral del ser humano, la resolución del hombre en el ciudadano, la eliminación de la esfera privada en la esfera pública. La imposibilidad de la concreción de ese objetivo no importa mucho: las formulas políticas son presentadas en nivel máximo (“la totalidad de la democracia directa”) no porque llegan a resultados concretos sino porque sirven para generar emociones fuertes de identificación.

Para Bobbio (2009), entonces, democracia representativa y democracia directa no son dos sistemas alternativos en el sentido que uno no puede existir si el otro existe. Son, en verdad, dos sistemas complementarios: la democracia es más intensa cuanto más espacios participativos y de democracia directa existan. No se puede poner el problema como una cuestión de o - o, o si escoge uno o el otro. Además, ni toda crítica a la democracia representativa lleva directamente a la democracia directa. Primero porque Rousseau tenía en mente una pequeña comunidad en donde sería posible el ejercicio de la democracia directa. En una sociedad compleja las herramientas de la democracia directa tienen

límites. El chavismo lo comprendió y por ende ha creado el sistema parroquial y vecinal de consejos comunales y comunas. Empero:

“Tão logo são providenciadas a legitimação e a regulamentação da participação de base, a forma por esta assumida é a da democracia representativa. Mesmo os bairros são governados não pela assembleia dos cidadãos mas por seus representantes. Quanto ao referendo, que é o único instituto de democracia direta de concreta aplicabilidade e de efetiva aplicação na maior parte dos Estados de democracia avançada, trata-se de um expediente extraordinário para circunstancias extraordinárias. Ninguém consegue imaginar um Estado capaz de ser governado através do contínuo apelo ao povo.” (Bobbio, 2009: 66)

Por lo tanto el intento de sustituir el Estado Democrático de Derecho por el “Estado Democrático y Social de Derecho y de Justicia” para avanzar y profundizar el primero presentaba razonamiento plausible. La identificación del “Estado Democrático y Social de Derecho y de Justicia” con el “Estado Comunal” y, por ende, el objetivo no sólo de profundizar la democracia, que había se tornado netamente representativa, a través de la sustitución de la democracia representativa por la “democracia participativa, directa y protagónica” presentan riesgos profundos al propio planteamiento original del chavismo: el debilitamiento inmediato de estructuras de frenos y contra-pesos del Estado Democrático de Derecho y la creciente sustitución de resultados concretos en la vida de las personas por un discurso de identidad que moviliza constantemente contra el enemigo – otro ciudadano – con el cual no se puede dialogar. Un proyecto con esas características impone límites a sí mismo: “una ideología es plausible sólo si corresponde a algo en la experiencia real de la vida. Para ser efectiva una ficción tiene que tener cierto parecido con la realidad” (Przeworski, 2010: p. 47). El creciente cuestionamiento no sólo de la legitimidad sino que la eficiencia del sistema comunal apunta en esa dirección.

9. Lineamientos para una agenda de investigación

El chavismo como experiencia histórica presenta rico material empírico para investigación debido al muy particular intento de disminuir la pobreza y la desigualdad estructural y empoderar actores sociales (y clases) antes excluidas del proceso político. Los límites y errores de esa experiencia no dejan de ser importantes para la comprensión de las razones por las cuales fenómenos como ese suelen suceder en América Latina. Ese artículo, por los límites de extensión, buscó presentar solamente una agenda de investigación aún a ser realizada. Cada punto del texto puede y debe ser profundizado empíricamente y analíticamente para presentación de futuros artículos. Sin embargo, el objetivo más sencillo – pero políticamente y epistemológicamente importante – parece haber sido logrado: presentar los retos y oportunidades que experiencias de América Latina generan para la teoría producida fuera de la región. Comprender una realidad específica impone la necesidad de crear herramientas analíticas propias, aunque a partir del diálogo con la producción científica de otras regiones.

Referencias

- Arendt, H. (2011). *Sobre a Revolução*. São Paulo: Companhia das Letras.
- _____ (2008). *La promesa de la política*. Madrid: Paidós.
- Bobbio, N. (2009). *O futuro da democracia*. São Paulo: Paz e Terra.
- _____ (2001). *Direita e Esquerda: razões e significados de uma distinção política*. São Paulo: Unesp.
- _____ (2001b). *Qual socialismo? Discussão de uma alternativa*. São Paulo: Paz e Terra.
- Canache, D. & Kulischek, M. (1998). *Reinventing legitimacy: democracy and political change in Venezuela*. London: Greenwood Press.

- Castro, G (2007). Debate por Venezuela. Caracas: Alfa.
- Ellner, S. (2011). Venezuela's social-based democratic model: innovations and limitations. *Journal of Latin American Studies*: Cambridge University Press.
- Giordani, J. (2012). La transición venezolana al socialismo. Caracas: Vadell Hermanos Editores.
- Leone, J. A. R. (2008). Los desencuentros de la política venezolana: nacimiento, consolidación, y desinstitucionalización de los partidos políticos (1958-2007). Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.
- Lozada, M (2011). Polarización social y política en Venezuela y otros países: experiencias y desafíos. Caracas: Centro Gumilla; UCAB.
- Luongo, L. J. S. (2005). De Cipriano Castro a Carlos Andrés Pérez (1899-1979): hechos, vivencias y apreciaciones. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Maya, M. L (2009). Ideas para debatir el socialismo del siglo XXI. Caracas: Alfa.
- _____ (2011). Democracia participativa en Venezuela (1999-2010): orígenes, leyes, percepciones y desafíos. Caracas: Centro Gumilla; UCAB.
- _____ (2013). El Estado Descomunal. Caracas: El Nacional.
- Medina, M. & Maya, M. L. (2003). Venezuela: confrontación social y polarización política. Caracas: Ediciones Aurora.
- Mouffe, C. (2011). En torno a lo político. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2012). La paradoja democrática: el peligro del consenso en la política contemporánea. Madrid: Gedisa Editorial.
- Przeworski, A. (2010). Qué esperar de la democracia: límites y posibilidades del autogobierno. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Rico, M. E. A (2012). Metodica de la planificación comunal: un enfoque socialista para el desarrollo comunitario. Caracas: Fondo Editorial Ipasme.
- Stambouli, A. (2009). La política extraviada: una historia de Medina a Chávez. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.